

— Ven á mis brazos; reconozco en tus palabras la sangre y el valor de mis padres, hijo mío.

Británico se lanzó en brazos de su padre con regocijo, mientras el liberto, de rodillas, plegadas las manos, extáticos los ojos, decía: — ¡Sálvate, sálvanos!

Pero no faltaba quien lo atisbase todo. El grupo de los tres, abandonado á sus afectos propios, no vió que Vitelio, el consejero de Agripina, entreabría una puerta con sigilo y exclamaba para sus adentros:

— ¿Esas tenemos? ¿Abrazos, efusiones? ¡Lo sabrá la emperatriz, morirán todos!



CAPÍTULO II

EL IDEAL Y LA REALIDAD

Por lo mismo que liberto como Narciso y entonado como Británico se habían opuesto al regreso de Séneca, obtúvolo Agripina de Claudio, no sin agotar para ello todos los esfuerzos gigantescos de su voluntad y todas las argucias infinitas de su ingenio. El método de dominación sobre Claudio, empleado por Agripina, tenía tantas espirales y vueltas y revueltas como el camino de una serpiente. No se lanzaba de golpe, cual un águila, ó de salto, cual una leona, sobre la presa; discurría mucho tiempo alrededor suyo en círculos más ó menos concéntricos, y anudábala en sofocantes anillos que parecían brazos, rindiéndola por fin á unas caricias que parecían efectos inmediatos de intensísimos y continuos afectos cariñosos. Agripina dijo ceder, lejos de triunfar, en su pleito á favor del filósofo, y del sentir mismo suyo fué Claudio. Había pedido la taimada en primer término el regreso, y con el regreso su exaltación á primer ministro, segura de que su esposo, negando la gran dignidad reclamada por ella para su consejero, se creería vencedor hasta dejarlo venir, con tal de no dejarlo ministrar. Esto, que no ministrase, deseaba la intrigante, pues para primer ministro bastaba y aun

sobraba ella, sino que viniese y viniese pronto á fin de romper el haz formado por sus dos enemigos en la corte y tener junto á sí una inteligencia tan penetrante como la inteligencia de Séneca y entre sus instrumentos de dominación una palabra de autoridad tal como la palabra del filósofo, que convirtiera en arte retórica la santa filosofía. Segundogénito el filósofo de un inspirado declamador andaluz, continuó por herencia y por atavismo en la paterna declamación, pero sujetándola por completo al servicio de la ciencia. Flaco y enteco, de músculos rugosos, de huesos frágiles, de nervios desarreglados aquejábanle unos tan bruscos y violentos cambios en la salud, que iba desde una languidez vecina de la muerte á una exaltación rayana con la epilepsia y con la fiebre. Todo en Séneca era débil, todo, menos el corazón, que parecía horadarle con sus golpes las costillas, y el seso, que no le cabía dentro de la cabeza. Así pasaba su vida entre lo que llaman desarreglos cardíacos ahora los sabios y vértigos perdurables. De altura y elevación en pensar, no medía tanto en el proceder, yéndose por un lado sus ideas con sus palabras y por otro lado muy opuesto sus sentimientos con sus acciones. El recuerdo santísimo de la República muerta doraba su alma como el día extinto en los valles dora tras el ocaso la montaña, y el eco de la elocuencia inmolada en Cicerón hendía los sepulcros y resonaba de nuevo en sus labios. Pero la tiranía victoriosa, representada en aquel instante por Calígula, temió de tal modo esta resurrección, que pensó perderlo é inmolarlo, como á sus antecesores ilustres: horrible riesgo, evitado con su conversión á penitente y asceta, como podía permitirle el sensualismo connatural á las antiguas civilizaciones clásicas, muy propensas de suyo al goce y al placer. Reducido á la elocuencia jurídica, por no consentir el tiempo y el despotismo la elocuencia política, puesto que aun al seno mismo de los tribunales había ido la tiranía y selládole con amenazas los labios, refugióse dentro de su pensamiento, á su vez reducido en silencio, que sólo interrumpían filosóficas sentencias de una extensísima generalidad, encerrada en los ritmos de una muy artificiosa retórica. Así creyó que, tomando al cínico las vestiduras desarregladas, al estoico el silencio profundo, al pitagórico la comida vegetal, y convertido por estas imitaciones en una especie de abstracción,

pasaría sin ser visto por las inaccesibles alturas de la ciencia, á guisa y manera de abstracto pensamiento. Mas un proceder tal, si cedía en su pro, cedía en contra de la familia. El padre, que necesitaba de su hijo para prosperar la propia fortuna, le disuadió con ruegos primeramente, y después con mandatos, de tal abstracción, y le devolvió al foro, á fin de verlo granjearse para sí como para los suyos en la política y en la abogacía los favores y los lucros del poder público. Pero en vez de granjear los favores, aguardados por aquella su familia y gente, atrájose mortal y súbita centella de irremediable desgracia, fulminada desde las alturas. A pesar de la prudencia, impuesta por sus cadenas á los oprimidos, alguna palabra ó frase acradísima debió soltar contra la competencia jurídica, oratoria, histórica de Claudio, cuando éste, pagado de su propia maestría en la ciencia y en las letras, lo desterró de su corte, necesitada siempre del ornato que á todo poder presta un altísimo nombre. Pero si el recato natural de su complexión enfermiza y el miedo á los opresores consiguiente con la opresión y la necesidad absoluta de favores y medras le obligaron á callarse respecto de las tiranías en público, no fué tal silencio con tanta fidelidad observado en casa, cuando sus enemigos le infligieran un destierro, prolonga-



Estatua en mármol de Séneca, encontrada en Tusculum

do meses y meses, á pesar de sus elegías en prosa, tan plañideras como las elegías en verso del infeliz Ovidio, y de sus ruegos insistentes al emperador Claudio. Si no pone Agripina pies en pared y no trae á Séneca, lo hubiera Claudio dejado allá en el destierro al escozor de ofensas anteriores y posteriores á su exaltación al Imperio. Este despego del emperador al filósofo no desplaía de modo ninguno á la emperatriz, deseosa de soltarlo contra su marido, siempre á él contrario por lo incurables que se le hacían las heridas en el amor propio, y de tenerle á su servicio sujeto con la cadena del agradecimiento. Así que Séneca llegó á Roma, personóse con solicitud en casa de Agripina; y así que se personó en casa de Agripina, le comunicó ésta las causas de haberlo traído, en cuyo número entraban tanto factores de cariño al filósofo cual factores de propio provecho. Nada en verdad tan indispensable á su propio poder como el ascendiente sobre un emperador, ya que las malditas leyes romanas oprimían á la mujer con una perpetua tutela; y nada tan indispensable para conservar el ascendiente sobre un emperador como señorearse primero del alma de Claudio para luego señorearse del alma de Nerón, transmitiendo éste bajo la corona imperial el clavo de la servidumbre con que había de hallarse pendiente, por toda su vida y todo su reinado, del capricho de su madre. Pero dejemos hablar á los interlocutores.

- Bien venido, Séneca.
- Bien hallada, en verdad, Agripina.
- ¡Cuánto me ha costado tu regreso!
- ¡Y cómo he padecido en el destierro!
- Ya puedes respirar.
- Si hay respiración posible allí donde se halla tu marido.
- Calla.
- Déjame un minuto de necesario desahogo.
- Aconséjame, aconséjame.
- Lo primero que te aconsejo es el casamiento de tu hijo con tu entenada Octavia.
- ¡Séneca!
- Claudio tiene muchos devotos por lo mismo que hay en el mundo muchos imbéciles.
- Ya lo creo.

- Y como tiene muchos devotos, necesitas de su real sanción para granjear la corona imperial á tu hijo.

- Ya lo veo.

- Pues, viéndolo, apresúrate á realizar este casamiento, apresúrate.

- ¡Si hice todo cuanto pude por prosperar á Nerón!

- ¿Qué hiciste? Cuéntame...

- Hele obtenido la toga viril antes de tiempo.

- Bien.

- Hele dado el paso en todas las ceremonias sobre su rival Británico.

- Bien.



Nerón, cónsul designado y príncipe de la juventud (moneda de plata)



Denario de Nerón

- Con un título retumbante hele rodeado de los jóvenes, acudidos al engañoso reclamo.

- ¿Con qué título?

- Con el título de príncipe de la juventud.

- Perfectamente.

- Fuera de Roma es procónsul honorario en todas las provincias.

- Honores que darán poderes, como fructifican en estío las florecencias primaverales.

- Amén de esto, que, cual ves, no vale poco, agreguéle á cuatro pontificados.

- No está de más. La religión sirve mucho á la política.

- He mandado batir monedas con su busto y púestole al pie la denominación de César.

- Ya se irán los romanos haciendo así á ver cómo habrá de tener Nerón el Imperio, que le penetrará por los ojos antes de que haya llegado á realizarse.

- Bien hecho, bien hecho.
- Además voile quitando de delante obstáculos.
- ¿Cuáles?
- ¿Te parecen flojos los dos prefectos del pretorio?
- ¿Geta y Rufo?
- Sí, Geta y Rufo.
- ¿Qué has hecho?
- Pues los he despedido.
- ¿Sin resistencia de Claudio?
- Con suma resistencia.
- No extraña, pues eran sus predilectos amigos.
- Y tanto.
- ¿Cómo te las has compuesto para imperar así sobre tu esposo?
- Unas veces me valgo de amenazas y otras veces de caricias, con arreglo al estado de su ánimo y á la salud de su cuerpo.
- ¿Qué sucesores has escogido para cargos tan importantes?
- No he querido procurarme sucesores, sino sucesor.
- ¿Qué dices?
- Pues como lo digo es.
- ¿Y has concentrado en una sola mano las dos prefecturas?
- En una sola mano.
- Pues trabajo te habrá costado.
- Y retórica.
- Cuéntame.
- Dije á Claudio que los dos prefectos en el pretorio se parecían á los dos reyes de Lacedemonia.
- Feliz ocurrencia.
- Pintéle cómo el uno y el otro se anulaban mutuamente.
- Pensado á perfección.
- Aunque aseveraba Claudio necesitarlos dobles, porque uno solo podía echárselas de César y anular el derecho de la familia cesárea con las espadas de los pretorianos, yo le persuadí á fundar la unidad completa de mando para que sobre tal unidad se fundase á su vez la unidad imperial. Tener dos prefectos en el pretorio, decíale yo, es como tener en el combate dos espadas, una en cada mano. Imposible retener las dos, imposible.

- Buena comparación.
- Apenas podría contarte las industrias de que habré debido valerme para mantener mi autoridad é influjo contra la mayoría de los príncipes y contra la mayoría de los libertos.
- Cuéntalas.
- Son innumerables.
- Necesito, Agripina, estar industriado en tus industrias.
- Pues bien: te presentaré una como ejemplo.
- Habla.
- He producido un hambre artificial.
- ¿De veras?
- Cuantas provisiones de trigo venían para las atenciones nuestras de las provincias frumentarias, helas devuelto al origen y procedencia para que los romanos careciesen de pan.
- ¿Con qué objeto?
- Con dos.
- ¡Cuánto recurso!
- Con el objeto de que la mano de Nerón trajese de nuevo el necesario pan como una providencia de Roma, y la presencia de Nerón calmase los motines al hambre consiguientes como una especie de sobrenatural pacificador.
- No es mal golpe.
- Con efecto, salió como lo había pensado.
- ¿De veras?
- De veras.
- Te felicito, Agripina.
- Una sedición en términos tales conturbó la ciudad, que parecía venirse abajo el cielo.
- Vamos; te sales con todo aquello que te propones. El día que quieras, como has hecho un motín, harás una tempestad.
- Escucha.
- Sigue; soy todo oídos.
- Cuando más descuidado estaba Claudio en su tribunal, entra en tropel una turba de hambrientos.
- Buena cara pondría el emperador *Buey*.
- ¡Séneca!
- He ofendido á los bueyes.

- ¿Quieres volver á tu destierro?
- Le llamaremos el emperador *Calabaza*. Estas no se ofenden.
- ¿Quieres perderte y perderme?
- Callo.
- Aquí palabras pocas y acción mucha.
- Concluye lo que contabas.
- No quiero decirte cómo le insultarían.
- Tampoco me digas cómo él se asustaría.
- Cuantos adjetivos infames hay en la lengua nuestra, otros tantos le arrojaron al rostro.
- Y de seguro se defendería él en griego.
- Ya iban á maltratarlo, quizás á herirlo.
- Véolo con el cuerpo echado atrás y los brazos puestos en defensa y preservación de la cara.
- Cuando llegó el momento crítico, al asestar uno de los amotinados el certero golpe, apareció Nerón.
- ¿Como en un teatro?
- Como en un teatro.
- Fué, pues, aquel dios de Horacio que desata y disuelve los argumentos.
- El mismo en persona.
- Y como estaba por ti todo tan bien preparado, apenas apareciera tu hijo cuando cesara el motín.
- Justamente.
- Como á la inteligencia de Claudio se le oculta siempre la relación entre los efectos y las causas, atribuyó al autor mismo del motín la terminación del motín.
- En efecto: yo lo hice y lo deshice yo.
- Mas para Claudio todo lo desharía Nerón.
- No sabes cuál actor es el hijo mío.
- ¡No he de saberlo!
- Representó con tal verdad su papel, que pareció espontáneo y de la ocasión aquella, no aprendido y ensayado. Fué una verdadera maravilla Nerón en el desempeño de su importante cometido. Tras aquel acto vinieron los barcos repletos de trigo y tras la partida de los barcos el cariño romano á nosotros.
- Y estoy viendo lo que sucedió.

- No puede ocultarse á tu conocimiento de la humanidad y de los hombres.
- Un día que salió Claudio con su entenado, el pueblo-rey les aclamó con fervor, especialmente al muchacho.
- Así fué.
- Y tan diestra tú en aparejar motines como triunfos, Claudio, que salió tonto de tu casa, por un favor del cielo volvería loco.
- ¡Por los dioses, calla, Séneca; por los dioses, calla!
- Callar ante tal majadero.
- No deshagas mi obra y no vuelvas al destierro. Si antes los dichos tuyos te quitaron no más la ciudad, hoy podrían cortarte la cabeza.
- Con lo cual me quedaría como Claudio, sin cabeza.
- Mira que Británico se promete mucho de nuestras imprudencias, mientras Narciso atisba con sus ojos todo cuanto hacemos, husmea con sus narices todo cuanto pensamos y escucha con sus dos orejas de galgo perdiguero todo cuanto decimos.
- Vamos; aquí nadie gobierna más que tú, Agripina, y por consecuencia de nadie sino de ti debemos curarnos.
- Pero ya sabes que gobierno ahora por mediación de Claudio; y como se halle viejo éste y achacoso, necesito gobernar mañana por medio de Nerón.
- Vaya en gracia.
- Y necesito tu auxilio.
- ¿En qué puedo yo auxiliarte? Dímelo.
- En todo.
- Manda.
- Claudio debe hacer testamento.
- Cuidate más del pretoriano que del tabulario.
- Todo se necesita.
- ¿Y cómo te puedo ayudar yo?
- Pues procediendo de suerte que recaiga la designación de Claudio, no sobre su hijo propio Británico, sobre su adoptivo Nerón.
- ¿Y qué puedo hacer yo en esto cuando Claudio tanto me aborrece?
- Pues mucho.

- Di.
- Ya sabes las aficiones del emperador á la declamación.
- Las sé.
- Y además ya sabes sus aficiones á la historia.
- No las ignoro, y por tal manera son temerarias que tuvo necesidad tu augusta familia de quemar las obras históricas tuyas por los disgustos que le hubieran traído.
- No lo he olvidado.
- ¡Como que se puso el cuitadísimo á historiar las civiles guerras de cuyo podrido seno saliera el romano imperio!
- Séneca, no vuelvas los ojos á las ideas republicanas.
- Pero cuando Claudio republicanea un poco, ¡él, que ha ganado su poder de César con el Imperio!, ¿por qué no lo debemos hacer nosotros, que con la República hemos perdido nuestra dignidad y derecho de ciudadanos?
- La otra vez te trajiste la proscripción, Séneca, por estas frases; ahora vas á traerte la muerte. Ayúdame á mí en la empresa de coronar á Nerón, y no mires ni hacia adelante ni hacia atrás.
- ¿Qué puedo yo hacer en auxilio tuyo y en auxilio de Nerón?
- Pues declamaciones.
- ¿Y con declamaciones crees que lo arreglaremos todo?
- Vaya si lo creo.
- ¡Valiente caso hará en su bellaquería nativa de nuestras declamaciones Claudio, valiente caso, Agripina! Pues ¿qué de tales cosas se le alcanza?
- Pues por lo mismo que se le alcanza poco, se le satisface con poco.
- Haré cuanto tú quieras.
- Le gusta pasearse por el campo de la historia.
- Del cual campo sacará lo que saca el búfalo al hollar la campaña romana con su pesuña ó el hipopótamo al revolcar su cuerpo en las marismas del Ganges.
- Pues déjalo; con eso menor el trabajo tuyo en halagarlo y más fácil mi poder de vencerlo.
- Compondré cuantas declamaciones quieras.
- Él se cree un dios.

- Cuando no es más que una miserable bestia, debiste añadir.
- Y como se cree un dios hay que hablarle de cosas divinas.
- Valiente comprensión la suya.
- Cuanto menos comprende, más fácilmente cree sublime lo superior á su alcance y con mayor docilidad se rinde al desconocido encanto.
- ¿De qué debo hablarle?
- Tú de nada. Nerón se compromete á recitar tus declamaciones.
- ¿Y me crees capaz de redactar ninguna que sea de suyo asquible á un perro como Claudio?
- Y tan capaz: sugiérole una convicción.
- ¿Cuál?
- Que es Júpiter.
- ¿Cómo?
- Componiendo para dicha por Nerón una de las arengas que solamente pueden dirigirse á los dioses.
- Por manera que debemos levantar un templo de dioses con frases de suma elocuencia, para él incomprensibles, á ese gallo que sólo sabe cantar en su estercolero.
- Troya se presenta en demanda de algo que solamente puede conceder Claudio.
- ¿Troya?
- Sí, Troya.
- Pero ¿estamos locos á una y sin excepción aquí?
- Estaremos ó seremos todo cuanto quieras; mas Troya debe aparecer ante Claudio dolorida.
- ¡Cuántas necedades!
- Con verdaderas necedades habrás de hinchar á los necios. No pongas vino en odre de vinagre; pero pon cuanto vinagre quieras en odre de vino.
- Sigue.
- Y al presentarse Troya dolorida buscará un defensor.
- Y ¿el defensor será Nerón?
- Sí.
- De modo que deberé yo componer arenga muy resonante

persuadiendo al pobre Claudio, en nombre de Nerón, á que vuelva por Troya, cual si Claudio fuese una divinidad, en vez de ser una calabaza.

— Peores divinidades que Claudio saltan á cada instante y á cada paso en las supersticiones populares.

— ¡Oh! Lo dificulto.

— ¿Lo dificultas?

— No. He dicho mal; no lo dificulto: lo niego.

— Pero eso no hace al caso.

— En fin, se hará lo que tú quieras.

— Ya sabes que Claudio se cree descendiente de Venus.

— En la familia tú muestras con gracias sin número tal ascendencia. Pero tu marido, que va siempre cojeando, sólo representa las gracias de Vulcano.

— Vamos. No te chances con estas cosas tan graves y á esta hora tan solemne: domina tus cóleras con actos, ya que aconsejas este dominio á los demás con palabras. En cuanto demuestres con una de las inspiradas oraciones que únicamente sabes tú componer la superioridad oratoria de Nerón, Claudio hace testamento y le manda la imperial diadema de Roma.

— ¿Lo crees así?

— ¡Vaya si lo creo!

— Y ¡cuán estúpido el tal Claudio!

— No puedes imaginarte cómo lo transporta por los más altos pináculos y lo saca de tino la elocuencia.

— Si de arrebató en arrebató llegase hasta una epilepsia mortal, nada perdería Roma y mucho ganarías tú.

— No lo dudo. Mas no debes olvidarte de que á Roma y á hogar te ha devuelto.

— ¿No me has devuelto tú con resistencia de su parte?

— Sí; pero al fin la orden ha sido firmada por él.

— ¿Por él?

— Sí, sí, por él.

— Agripina, calla: por el estilete que has puesto en sus manos. Al estilete debo adorar que se halla en su tintero, y no al dedo fatal y dócil que lo ha cogido porque tú se lo has mandado.

— ¡Manos á la obra!

— Pondrélas; pero no sin decirte antes que agencies sobre todo el matrimonio de tu hijo con Octavia.

— Lo agenciaré, cumpliendo tu deseo.

— Así lo que haces por Nerón lo haces también por una hija de Claudio; y puedes cohonestar con apariencias de homenaje á tu esposo cuanto hagas en contra del derecho de Británico.

— He pensado tanto en eso, como que acabo de concurrir á su preparación, destruyendo algunos importantísimos obstáculos.

— ¿De veras?

— Y tan de veras.

— Ya veo, Agripina, que estás en todo.

— A no estarlo ¿cuándo, si no, rigiera el Imperio?

— Me da, sin embargo, un tanto de tristísimo escalofrío tu método en remover obstáculos.

— ¡Bah!

— No me asustes.

— Te asustas de bien poco tú.

— Del mal siempre.

— No te presentes á mí con pasmarotadas hipócritas.

— ¡Agripina!

— Te conozco demasiado para no reirme de tus aspavientos.

— Yo predico siempre la virtud.

— Pero no la practicas nunca.

— Eres mi amiga y dices de mí cosas jamás dichas por mis mayores enemigos.

— Como tras el sagrario se ríen los sacerdotes de sus liturgias y sobre las víctimas de sus augurios los augures, también se ríen los retóricos y los filósofos de sus respectivas enseñanzas y de sus declamaciones.

— Agripina, eres implacable.

— Y tú divertido, Séneca.

— No debías decir tales cosas.

— ¿Ni aquí siquiera, donde nuestras conciencias de toda vestimenta se desnudan? ¡Si no dijeras tú cosas peores y mucho más peligrosas!...

— Yo he sostenido siempre que la vida beata está en regular las costumbres y someter las pasiones. He sugerido á los demás el des-